

Alejandro Puente, Sistema, 1967 (Gentileza Fundación Osde)

La decisión de los británicos de abandonar la Unión Europea, considerada riesgosa para algunos conservadores, podría significar una oportunidad para los laboristas de alcanzar el poder. Liberados de los tratados neoliberales que organizan la Unión, tendrían mayor margen de maniobra para implementar su programa.

Las ambigüedades del Partido Laborista

¿Un Brexit de izquierda?

por Chris Bickerton*

“Me encanta Corbyn/Odio el Brexit”. Desde hace algunos meses, puede leerse ese lema en las remeras de algunos militantes laboristas, que ilustra la paradoja que enfrenta el Brexit para la izquierda británica. Desde que Jeremy Corbyn tomara las riendas del Partido Laborista en 2015, éste reanudó los proyectos que durante mucho tiempo había abandonado: renacionalizar los servicios públicos deteriorados tras su privatización; rehabilitar la inversión pública, en particular dentro del sector industrial para generar empleos; controlar las finanzas para que dejen de dictar su ley al pueblo. Rompiendo con años de retrocesos ideológicos, dichas perspectivas sedujeron a amplios sectores de la población. En pocos meses, el Partido Laborista se convirtió en la formación europea más grande en cantidad de afiliados (1).

Pero si bien Corbyn se ha mostrado siempre crítico de la orientación neoliberal de la construcción europea, la mayoría de los nuevos militantes de su partido votaron, durante el referéndum del 23 de junio de 2016, a favor de la permanencia del Reino Unido en el seno de la Unión Europea –particularmente en los grandes centros urbanos y fundamentalmente una población joven que aprendió a asociar la idea de Europa con una forma de internacionalismo benevolente—. Esto plantea implícitamente el siguiente

interrogante: ¿se puede defender al mismo tiempo el programa económico y social de Corbyn y el mantenimiento del Reino Unido en el seno de la Unión Europea? En otros términos, ¿es posible transformar el funcionamiento de la economía británica en el marco de los tratados europeos?

“¡Sí!”, responden los partidarios de Bruselas, pero olvidan aclarar que la Unión Europea sólo tolera los cambios de orden económico cuando éstos aceleran los procesos de liberalización. Los tratados no sancionan mecánicamente las políticas progresistas, sino que les imponen serios límites. ¿Sorprendente? No realmente, ya que, en sus orígenes, el proyecto europeo, ideado por los conservadores y demócratas cristianos, apuntaba de hecho a prevenir el estatismo y el colectivismo que observaban del otro lado de la Cortina de Hierro, y que defendían especialmente los poderosos partidos comunistas de Francia y de Italia. De este modo, pese a su neutralidad teórica, la Unión Europea favoreció sistemáticamente la apertura a los mercados. Desde la firma del Acta Única, en 1986, en la mayoría de los conflictos que oponen el interés nacional al sector privado, el Tribunal de Justicia de la Unión Europea ha fallado a favor del segundo. En este contexto, el Brexit podría aportar una cura de juventud a la izquierda permitiéndole refundar-

se ideológicamente y recuperar su base social original: las clases populares.

Reconsiderar el modelo

Una política regional que aspirara a relanzar la economía del Mezzogiorno italiano, de la región francesa Hauts-de-France o de los antiguos pueblos mineros de Gales chocaría con el marco europeo para las ayudas públicas. A nivel nacional, estas ayudas se autorizan únicamente en la medida en que no representen un obstáculo para la “libre competencia sin distorsiones” grabada a fuego en los tratados. Existen importantes diferencias entre los países de la Unión Europea en materia de ayudas públicas: en 2016, Francia les dedicaba el 0,65% de su producto interno bruto (PIB); Dinamarca, el 1,63% (2). En los tratados de la Unión Europea, se autoriza la inversión pública para una gama limitada de iniciativas: mejora de infraestructuras locales, protección de “lugares de la memoria”... Pero Bruselas reprocharía rápidamente las políticas discriminatorias de un gobierno que intentara relanzar economías regionales víctimas de la recesión. Sin embargo, obrar en pos de una región determinada, a veces incluso a expensas de regiones competidoras, ¿no constituye acaso la definición misma de política regional?

Lo mismo sucede con la libre circulación de trabajadores. Criticar ese derecho

representa actualmente un tabú dentro de la izquierda. Quien se arriesga a hacerlo tiene asegurada la etiqueta de “xenófobo”, “racista” o de “nacionalbolchevique”. En los inicios de la construcción europea, dicha “libertad” fue exigida por el gobierno italiano que, en los años 50, quería exportar a sus desocupados para protegerse de sus reivindicaciones. Hoy en día, la flexibilidad y la apertura del mercado laboral británico permiten que los empleadores ya no tengan que preocuparse por la formación profesional: el raudal de migrantes les facilita echar mano de las competencias adquiridas (y financiadas) en otra parte. Tampoco tienen necesidad de aumentar los salarios para atraer nuevas aptitudes laborales.

El Brexit ya comenzó a transformar el mercado laboral británico, ante la mirada inquieta de los lobistas pro-*business*. En el sector de la construcción, donde el porcentaje de trabajadores venidos de Estados miembros de la Unión Europea es particularmente elevado (35% en Londres y en el sudeste de Inglaterra), los salarios crecen más rápido que la media: 4,6% entre mayo y agosto de 2018, frente a un 3,1% en el resto de la economía.

Salir de los tratados europeos permitiría, además, poder reconsiderar el modelo de crecimiento británico, actualmente basado en el consumo. En un contexto en el que la baja productividad tira los sueldos hacia abajo, su financiamiento depende, en gran medida, del *boom* inmobiliario. Pero el incremento del valor de la vivienda favorece a los *baby boomers*, que compraron sus casas en los años 90. Por el contrario, excluye a las generaciones nacidas entre los años 1980 y 2000. Ahora bien, romper con esta estructura económica para desarrollar la economía productiva, fuente de empleos, exigiría herramientas capaces de orientar los flujos de capitales, lo cual Bruselas prohíbe. En efecto, el mercado inmobiliario británico es desde hace mucho tiempo un sector especulativo: las viviendas suelen ser más una inversión que lugares de residencia.

Rehabilitar el aparato industrial implica asimismo alterar la arquitectura contemporánea de las cadenas de valor en las que los proveedores (en general, pequeñas y medianas empresas) se enfrentan a un pequeño número de empresas que dominan el mercado y que tienen la capacidad de hacer presión para reducir los ingresos de sus prestatarios. Será difícil modificar dicha relación de fuerzas sin una política industrial voluntarista que combine inversiones a largo plazo con formas de protección de la producción local, a fin de facilitar el desarrollo de nuevas industrias y de sus cadenas de suministro y de distribución. ¿Inversión pública? ¿Proteccionismo? La Unión Europea priva a los Estados de este tipo de mecanismos.

Malestar social

Corbyn ha procurado no marginar a la parte de su electorado que defiende al mismo tiempo su programa económico y la permanencia del Reino Unido dentro de la Unión Europea, aunque ello signifique mantener la ambigüedad. El Partido Laborista prometió que, si llegara al poder, negociaría un acuerdo para establecer una unión aduanera permanente –un arreglo que obligaría al Reino Unido a cumplir con todas las normas de finidas por la Unión Europea– sin renunciar en absoluto a su programa en materia de nacionalización o de intervencionismo económico (3).

Actualmente, la presión aumenta para que se organice un segundo referéndum sobre la salida de la Unión Europea –exigido por importantes editorialistas, por una buena parte de la patronal y por los sectores más europeístas de los partidos conservador y laborista–. Corbyn, por su parte, plan-

tea la idea de que la solución al caos actual pasa más bien por la organización de elecciones generales. "Independientemente de que hayan votado por la permanencia en la Unión Europea o por la salida –explicó en un discurso pronunciado el 10 de enero de 2019–, la gente sabe bien que el sistema no le sirve. Algunos estiman que esta Europa los protege contra la precariedad y la inseguridad. Otros piensan que justamente es parte de la élite que los sume en la precariedad y la inseguridad. [...] Pero, tanto en una como en otra de las facciones que aparecieron en este contexto, el referéndum sobre Europa representó mucho más que la relación con nuestros socios comerciales y las normas que la rigen. El objetivo era poder expresarse sobre la forma en que se nos trata desde hace décadas, y sobre cómo construir un mejor futuro". En esas condiciones, la exageración mediática en torno al Brexit distorsiona, según él, las prioridades de los británicos. Estos desearían poder responder menos a la pregunta "¿A favor o en contra de Europa?" que a esta otra: "¿A favor o en contra de las políticas aplicadas desde la llegada al poder en 1979 de Margaret Thatcher?". La primera de las dos preguntas invita a otro referéndum; la segunda exige nuevas elecciones. El problema es que toda moción de censura del gobierno de Theresa May requiere el apoyo de una parte de los *tories* o del Partido Unionista Democrático de Irlanda del Norte (DUP), ultraconservador y hostil a la idea de una unión aduanera...

Sin embargo, el voto a favor del Brexit revela menos "la intolerancia", "el racismo" o "la insularidad" de la población –como los medios eurofílos se esforzaron por señalar– que lo profundo del malestar social de una mayoría de británicos. Las elecciones del 23 de junio de 2016 se caracterizaron por una elevada participación (más del 72%, frente a

un 68% en las elecciones generales de 2017 y un 66% en las de 2015), marcando el regreso a las urnas de personas que no votaban desde hacía décadas. Evidentemente, la pregunta planteada motivó a la gente a responder. El voto a favor de la permanencia dentro de la Unión Europea registró la mayor cantidad de votos en las circunscripciones urbanas: Londres y sus barrios jóvenes y burgueses como Lambeth (78,6%) e Islington (76,4%),

El Brexit ya comenzó a transformar el mercado laboral británico, ante la mirada inquieta de los lobistas pro-business.

pero también en ciudades que se han visto beneficiadas por un fuerte crecimiento económico, como Cambridge (73,8%) y Oxford (70%). Las regiones que no han logrado encontrar su lugar en la economía postindustrial –llamada "economía del crecimiento"– votaron, por el contrario, en su gran mayoría por la salida de la Unión Europea (4).

Tal fue el caso de Clacton-on-Sea, una ciudad balnearia del Mar del Norte muy reputada en los años 60 y 70, pero caída desde entonces en el olvido. Antes dinámica, la ciudad depende ahora de los subsidios del Estado para sobrevivir. En 2014, volvió a ser

co) diputado del Partido por la Independencia del Reino Unido (UKIP), hostil a la inmigración. En aquel momento, el periodista y ex diputado conservador del West Derbyshire, Matthew Parris, había afirmado que su partido debía "dar la espalda" a Clacton-on-Sea, "una ciudad sin futuro", "cuyos electores no tienen ningún futuro", un concentrado de "esa Gran Bretaña que se sostiene únicamente con muletas, que se viste con jogging y zapatillas". "Yo no digo que no debamos tener en cuenta las necesidades de la gente que vive en Clacton, o en lugares de ese tipo –precisó–. Pero, con toda honestidad, adhiero a la idea de que no deberíamos cargar con sus opiniones" (5). En 2016, más del 70% de los electores de Clacton-on-Sea votaron a favor de la salida de la Unión Europea.

Pero una brecha sigue separando esta parte de la población que el desamparo social llevó a votar por el Brexit, sobre todo dentro del Partido Laborista, y la mayoría de los militantes pro-Corbyn, seducidos por su proyecto político, pero convencidos de que la salida de la Unión Europea se inscribe en un planteamiento xenófobo e intolerante –en pocas palabras, que el Brexit sólo puede ser de derecha. Dichos militantes exigen un segundo referéndum, especialmente si se propone anular el resultado del anterior. Cuentan con el apoyo de una parte de los diputados laboristas que, durante el congreso de septiembre de 2018, obligaron a Corbyn a "considerar la posibilidad" de apoyar la idea de un segundo voto en caso de no lograr la celebración de elecciones generales. No obstante, el 18 de enero, el sitio del muy eurofílico diario *The Guardian* presentaba otro peligro para los laboristas: el de la renuncia de los diputados más cercanos a la línea de Corbyn, convencidos de que llamar

a nuevos comicios equivaldría a pisotear los principios democráticos y a apartarse definitivamente de la población hostil a la Unión Europea... Estas contradicciones radican en la evolución sociológica e ideológica del Partido Laborista de los últimos treinta años. El Brexit las cristaliza de golpe, de manera particularmente aguda.

Por su parte, los conservadores parecen, por el momento, decididos a salvar lo esencial. El 15 de enero, los *tories* contribuyeron a someter a Theresa May a la humillación más severa de la historia del Parlamento británico al rechazar su proyecto de acuerdo con Bruselas, con 432 votos contra 202. Pero superaron rápidamente sus divisiones sobre la cuestión europea para descartar la moción de censura presentada por los laboristas al día siguiente, y cuya adopción habría precipitado la celebración de nuevas elecciones. Partidario de un "Brexit duro" y opuesto al arreglo imaginado por la primera ministra, el diputado Mark Francois justificó su decisión de apoyarla: "Puede que hayamos tenido nuestras divergencias sobre la cuestión europea, pero ante todo soy un conservador". ■

1. Véase Allan Popelard y Paul Yannier, "El renacimiento del laborismo británico", *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, Buenos Aires, abril de 2018.
2. "State Aid Scoreboard 2017", Comisión Europea, <http://ec.europa.eu>
3. Véase Renaud Lambert, "Por entre la barba asoma una sonrisa", *Le Monde diplomatique*, edición española, abril de 2018.
4. Véase Paul Mason, "Un salto a lo desconocido", *Le Monde diplomatique*, edición Cono Sur, Buenos Aires, agosto de 2016.
5. Matthew Parris, "Tories should turn their back on Clacton", *The Times*, Londres, 6-9-14.

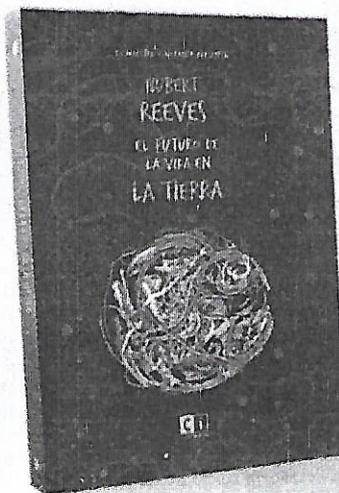
*Polítólogo. Universidad de Cambridge
Traducción Victoria Cozco

EL MAESTRO IGNORANTE

PRESENTA



El deseo
Jean-Luc Nancy



El futuro de la vida en la tierra
Hubert Reeves



¡Dinero! ¿Para qué sirve?
Jean-Claude Trichet

EN VENTA EN LIBRERÍAS